



unánimes

Estudios bíblicos

O: Carta a los Romanos

24.- Esta es la fe que predicamos



unánimes

Estudios Bíblicos

O.24.- Esta es la fe que predicamos

1. El texto

Romanos 10:1-13

1 Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación. 2 Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. 3 Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios; 4 porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree. 5 Porque de la justicia que es por la ley Moisés escribe así: El hombre que haga estas cosas, vivirá por ellas. 6 Pero la justicia que es por la fe dice así: No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? (esto es, para traer abajo a Cristo); 7 o, ¿quién descenderá al abismo? (esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos). 8 Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: 9 que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. 10 Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación. 11 Pues la Escritura dice: Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado. 12 Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; 13 porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.

2. Introducción

Pablo ha estado diciendo algunas cosas muy duras de los judíos; cosas que a ellos les resultaría desagradable oír, y más aún reconocer. Todo el pasaje de Romanos 9 al 11 es una condenación de la actitud religiosa de los judíos. Sin embargo, desde el principio hasta el fin no hay ira, sino anhelo y ansiedad cordiales. Lo que Pablo desea por encima de todo es que los judíos se salven.

Pablo estaba totalmente dispuesto a admitir que los judíos tenían celo de Dios; pero ese celo estaba mal orientado. La religión judía estaba basada en una obediencia meticulosa a la Ley. Ahora bien: está claro que esa obediencia sólo se la podía proponer alguien que tomara la religión totalmente en serio. No era nada fácil. En muchas ocasiones llevaría a graves inconvenientes y haría la vida sumamente incómoda. Tomemos como ejemplo la ley del sábado. Se establecía exactamente la distancia máxima que se podía andar; se prohibía llevar una carga superior al peso de dos higos secos; se prohibía cocinar en sábado; se fijaban los medios para evitar que un enfermo se pusiera peor, pero se prohibía curarle.

Todavía hoy en día hay judíos ortodoxos estrictos que no encienden ni apagan una luz en sábado. Algunas familias judías acomodadas emplean a criados gentiles para que hagan las cosas imprescindibles los sábados -aunque, según los libros de la Torah Éxodo y Deuteronomio, la ley del sábado obligaba igualmente a los siervos y a los forasteros gentiles. Esto es algo que nos debe mover, no a la risa, sino a la admiración. La vida bajo la Ley no era fácil. Nadie se sometería a menos que lo tomara realmente en serio. Los judíos eran y son celosos. Pablo no tenía dificultad en reconocérselo, pero les advertía que aplicaban u orientaban mal su celo.

3. El amor a los judíos

1 Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación.

En este preciso momento en que él está a punto de ampliar el tema de la culpa de Israel, demostrando que su rechazo no era arbitrario sino merecido, Pablo sabiamente reafirma antes que nada su profundo apego a y su afecto por sus compatriotas. Al afirmar que es el deseo de su corazón y su oración a Dios que ellos sean salvos, ¿no está él realmente dando a entender que los ama intensamente? El apóstol bien sabía que en Israel siempre hubo un remanente que sería salvado. Pero dejando esto de lado, ¿no es el deber y el gozo del creyente amar a todos? ¡Y con mayor razón aun a los parientes y amigos! Muy apropiadamente el apóstol desea y ora fervientemente por la salvación de ellos. Él se extiende sobre este tema al añadir:

4. El celo equivocado

2 Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia.

El celo o entusiasmo puede ser algo muy bueno. El apóstol admite que sus compatriotas se agotan tratando de asegurar para sí mismos el favor de Dios. ¿No estaba esto ya implícito en la carta antes? ¡Este celo por Dios, este entusiasmo por él, este fuerte y profundo impulso de vivir de acuerdo con la ley de Dios no estaba basado en una correcta comprensión! No estaba en armonía con la revelación de Dios acerca del camino de la salvación. Pablo explica esto en el versículo siguiente.

5. La correcta justicia

3 Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios;

Cuando se pone en términos tan claros, una explicación es casi superflua. Pablo hace notar que la falta básica de Israel consistía en lo siguiente:

- a. No reconocía, es decir, no aceptaba ni daba entrada a la justicia que tiene a Dios como autor, que está basada en la expiación sustitutiva de Cristo y que es apropiada por la fe.
- b. Sustituía su propia justicia de obras por la justicia de la gracia dada por Dios.

Que Dios realmente aportó justicia es algo que queda claro por lo que viene en fácil transición, en el versículo siguiente:

6. La finalidad de la Ley

4 porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree.

¿Desea alguien entender la meta, el significado y la sustancia de la ley del Antiguo Testamento? Que estudie entonces a Cristo. ¿No es el propósito mismo de la ley el establecimiento del amor? Cuando el Señor resumió toda la Ley en dos mandamientos, citó estos dos de la misma ley:

Deuteronomio 6:5

Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. zas.

Levítico 19:18

No te vengarás ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo, Jehová.

Y esto dijo Él cuando le preguntaron ¿cuál es el gran mandamiento de la Ley?:

Mateo 22:37-40

Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. 38 Este es el primero y grande mandamiento. 39 Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. 40 De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas.

¿Y no es Cristo la encarnación misma de ese amor, tanto en su vida como en su muerte? ¿Y no es también cierto que debido a este amor que le hizo sufrir y morir en lugar de su pueblo, que hay ahora una recta posición y relación con Dios para todo aquel que pone su confianza en el Salvador? ¿No es esto el tema mismo de la carta a los Romanos?

7. La justicia que es por la Ley

5 Porque de la justicia que es por la ley Moisés escribe así: El hombre que haga estas cosas, vivirá por ellas».

La referencia es al libro de Levítico:

Levítico 18:5

5 Por tanto, guardaréis mis estatutos y mis ordenanzas, los cuales haciendo el hombre, vivirá en ellos. Yo Jehová.

Fue Cristo, y solamente Él, quien por medio de su vida y muerte cumplió completamente las demandas de la ley, asegurando así para sí mismo la aprobación del Padre y el lugar a la diestra de este y para sus seguidores la vida eterna. Por consiguiente, para todos los que ponen su confianza en Cristo, el camino que lleva a la salvación se ha vuelto, en un sentido, increíblemente fácil. Lo que había sido infinitamente difícil, arduo y doloroso, y de hecho imposible para los pecadores, ha sido logrado por Cristo. Ningún mero pecador debe tratar ahora de hacer lo que es para él a la vez imposible e innecesario. Escuchemos ahora lo que dice “la justicia que es por la fe”:

8. La justicia que es por la fe

6 Pero la justicia que es por la fe dice así: No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? (esto es, para traer abajo a Cristo); 7 o, ¿quién descenderá al abismo? (esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos).

Notemos la palabra “Pero”. La misma señala un agudo contraste entre el estado de justicia ganado por Cristo y ese mismo estado que, en base a la justicia de Cristo, es gratuitamente obtenido por todos aquellos que creen en Él. Jesús fue el único ser humano que cumplió con la justicia que es por la Ley, para que luego tal justicia fuera imputada a los que iban a ser justificados por la fe en Él.

Esta última “justicia”, la que es “por la fe”, es aquí personificada y presentada como si estuviese hablando. Transmite un mensaje del Nuevo Testamento en términos del Antiguo Testamento. Puede hacer esto porque en ambos testamentos el camino de la salvación es el mismo, tal como Pablo ya lo ha establecido.

Las palabras citadas nos traen al tiempo en que Moisés daba instrucciones al pueblo de Israel respecto a su entrada a la tierra de Canaán. Él expone las maldiciones que se derramarían sobre los desobedientes, como también las bendiciones que se les otorgarían a los obedientes. Él entonces habla a cada israelita para decirle:

Deuteronomio 30:11-13

Porque este mandamiento que yo te ordeno hoy no es demasiado difícil para ti, ni está lejos. No está en el cielo, para que digas: “¿Quién subirá por nosotros al cielo, nos lo traerá y nos lo hará oír para que lo cumplamos?”. Ni está al otro lado del mar, para que digas: “¿Quién pasará por nosotros el mar, para que nos lo traiga y nos lo haga oír, a fin de que lo cumplamos?”.

El punto que Moisés enfatiza es que la ley le ha sido dada a Israel en el contexto de la gracia y que Canaán, la tierra a la cual el pueblo está a punto de entrar, es el don de Dios para ellos. De ninguna manera es el producto de su propia justicia o de su enérgico esfuerzo.

Que hay una analogía sorprendente entre la entrada a la Canaán terrenal y el obtener la salvación era claro no sólo para el escritor de la epístola a los Hebreos, sino también para Pablo; o, en el presente contexto, para “la justicia que es por la fe”.

La verdad que aquí también se ha de enfatizar es que la tarea verdaderamente difícil no debe ser emprendida por nosotros. Ha sido cumplida a favor nuestro por Cristo. Es Él quien descendió de los cielos, habitó entre nosotros como en una tienda, sufrió las agonías del infierno por nosotros, murió, fue sepultado, resucitó, ascendió al cielo. ¡La tarea difícil fue cumplida por él! Por consiguiente, todo esfuerzo de parte nuestra por subir al cielo para bajar a Cristo sería equivalente a la más desagradecida negación de la realidad y del valor de la encarnación de Cristo. Del mismo modo, todo intento por descender al reino de los muertos para traer a Cristo de entre los muertos sería un repudio del carácter genuino y del significado de la gloriosa resurrección de Cristo de entre los muertos y de su triunfo sobre la tumba.

Al estudiar esta reconfortante enseñanza del apóstol Pablo, nos hace acordar de las inolvidables palabras de Cristo mismo:

Mateo 11:28-30

28 Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. 29 Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; 30 porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.

9. La palabra de fe

8 Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos:

El apóstol continúa “citando” a la justicia que es por la fe. La cita que hallamos aquí terminaba con palabras del libro de Deuteronomio. Por eso aquí se citan las palabras del quinto libro de la Biblia:

Deuteronomio 30:14

Pues muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas.

Por medio de sus misericordiosas confirmaciones, promesas y amonestaciones— que están presentes en abundancia en Deuteronomio; el Señor había, por así decirlo, traído a su pueblo muy cerca de su corazón. Que contesten ellos ahora con la respuesta del amor.

Cuanto más tiempo se toma uno para estudiar Deuteronomio, tanto más concordará con la declaración de Pablo que esta es ciertamente “la palabra de fe que proclamamos”. Debe serlo, porque el corazón y centro mismo de este libro y de todo el Antiguo Testamento es Cristo, tal cual lo ha afirmado el apóstol antes.

Hay, sin embargo, una sola manera en que esto puede ser apreciado. Es por medio de la fe; porque la palabra de Dios, tal como es revelada en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, es “la palabra de fe”; es decir, ¡es la palabra que, para poder ejercer su efecto salvador, debe producir la respuesta de la fe!

Pablo ahora demuestra que la afirmación: “La palabra está cerca de ti; (está) en tus labios y en tu corazón” es verdadera:

10. La confesión de boca y la fe del corazón

9 que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. 10 Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación.

Notemos lo siguiente:

- a. La afirmación que dice que la palabra está cerca de ti es cierta y que queda demostrada por el hecho que, en vez de requerir un esfuerzo sobrehumano, la salvación se obtiene simplemente confesando con los labios y teniendo fe en el corazón.
- b. En este texto la confesión que está en los labios precede a la fe que está en el corazón; en el versículo siguiente la secuencia opuesta prevalece. La razón probable es esta: primero Pablo está pensando en el texto de Deuteronomio que citó antes, donde “en tus labios” precede a “en tu corazón”. Después, él sigue el orden natural, según el cual una persona confiesa con sus labios lo que ya está presente en su corazón.
- c. No el emperador romano, sino Jesús era quien debía recibir todo el honor y la gloria. La exaltación de Jesús como “Señor” era habitual aun en la iglesia primitiva arameo parlante. Que el título de Señor es usado aquí en su sentido más exaltado, indicando la igualdad de Jesús con Dios, es claro no sólo por el hecho que el apóstol frecuentemente y sin vacilaciones atribuye a Jesús cualidades que en el Antiguo Testamento se le atribuyen a Dios, sino también por la circunstancia que ya antes él ha llamado a Jesús “sobre todo Dios bendito por siempre”.
- d. Notemos “corazón” y “labios” (literalmente “boca”). El corazón no es solamente el asiento de afecto o de la emoción. Según el uso bíblico, es el eje de la rueda de la existencia y vida humanas (la intelectual, emocional y volitiva).
- e. En primer lugar, debe haber fe en el corazón. Sin dicha fe, una confesión de labios sería una burla. Pero también, aunque hay fe en el corazón, la confesión con los labios es no

sólo requerida sino completamente natural si la fe es genuina. La fe y la confesión deben combinarse.

- f. Por medio de la resurrección de los muertos el señorío de Jesús se había hecho abundantemente claro.
- g. Cuando en el texto se dice que la fe lleva a la justicia, y que la confesión resulta en salvación (literalmente ... es para justicia—es para salvación), los dos conceptos, justicia y salvación, son vistos como sinónimos. El texto también lo hace claro, ya que allí se describe a la salvación como producto tanto de la confesión como de la fe.

Que la fe ciertamente lleva a la justificación y por ende a la salvación queda confirmado en este versículo.

11. El que cree

11 Pues la Escritura dice: Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado.

Nuevamente, tal como lo había hecho antes, Pablo cita Isaías, aunque esta vez en forma algo más vigorosa: “el que cree... no será”.

Que la verdad que el apóstol acaba de reafirmar no puede ser negada queda demostrado en las tres oraciones que vienen en los siguientes versículos. Cada una de las tres apoya a la que la precede:

12. La invocación de todos

12 Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; 13 porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.

Analicemos este texto por partes:

12.1. “porque no hay diferencia entre judío y griego”.

La palabra “porque” especifica que lo que sigue inmediatamente a continuación comprueba lo dicho en el renglón precedente, que dice que ninguno que pone su confianza en Él será jamás avergonzado.

Aunque el hecho que en lo referente al camino de salvación no hay distinción entre judío y griego es enfatizado por Pablo una y otra vez, debe haber sido muy difícil para los judíos creer esto. ¿Cómo? ¿Quiere Pablo realmente decir que ellos, los altamente privilegiados descendientes de Abraham, no eran ante los ojos de Dios nada mejor que los griegos o gentiles?

¿No hay aún hoy en día muchos miembros de la iglesia que respaldan la teoría de que los judíos, como pueblo, son todavía objeto del deleite especial de Dios y que les aguarda un glorioso futuro? No obstante, tan totalmente convencido estaba Pablo de su importancia que se extendió al respecto, al menos lo mencionó una y otra vez. Que en realidad no hay distinción entre judío y griego es algo muy claro por la razón que el apóstol expresa en las siguientes palabras:

12.2. “pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que lo invocan”

No sólo es cierto que el único y mismo Dios es Dios de los gentiles tanto como de los judíos, sino que también, tal cual lo expresa el apóstol aquí, el mismo Señor (Jesús) es el Señor de todos.

¡Dios es rico! En realidad, su riqueza es incalculable. Todo el oro y la plata le pertenecen a Dios. Toda bestia del bosque es suya y también lo son los ganados en las mil colinas. Y si Dios es rico, entonces también Cristo lo es, porque Cristo es Dios. Pablo en la carta a los Efesios menciona las insondables riquezas de Cristo. Juan en el libro de Apocalipsis demuestra que el Salvador es realmente digno de recibir toda esta riqueza.

Pero no solamente es Dios infinitamente rico, sino que también desea intensamente otorgar sus riquezas a sus criaturas. Él es rico cuando revela a ellos su bondad, paciencia, gloria y misericordia. Él es, en efecto, más generoso de lo que palabras humanas pueden expresar.

Notemos asimismo que, según la inspirada enseñanza de Pablo, no sólo unos pocos o sólo un cierto grupo de personas, trátase ya de judíos o gentiles, son los beneficiarios de esta enorme riqueza, sino que, por el contrario, todos los que invocan a Dios en Cristo reciben una rica bendición. El Señor bendice ricamente—literalmente: “es rico para con”—a todos.

En su tercera frase Pablo da una prueba de la universalidad (en un sentido) de la generosidad divina:

12.3. “porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.”

Lo que aquí en este texto viene a continuación de la palabra “ya que” es una reproducción exacta de lo que encontramos en nuestras Biblias en el libro de Joel:

Joel 2:32

Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová, será salvo;

El Antiguo Testamento constantemente es citado en el Nuevo Testamento porque es el mismo Dios que inspiró ambos. Es reconfortante saber que, no importa las épocas ni los lugares **“todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo”**.

13. Conclusión

Los judíos estaban convencidos de que adquirirían crédito con Dios mediante la obediencia a la Ley. Lo que mejor revela la actitud judía son las tres clases en que dividían la humanidad: Había personas que eran buenas, cuyo balance era positivo; había otros que eran malos, cuya vida arrojaba un balance de deuda y había quienes estaban en medio, que serían buenos si hicieran una buena obra más. Todo era cuestión de ley y mérito. La relación entre Dios y el hombre ya no es la que existe entre un acreedor y un deudor, entre un asalariado y un patrono o entre un juez y un acusado. Gracias a Jesucristo, el hombre ya no está en la posición de tener que satisfacer la justicia divina; sólo tiene que aceptar Su amor. Ya no tiene que merecer el favor de Dios, sino solamente tomar la gracia, el amor y la misericordia que Dios le ofrece gratuitamente.

Para demostrar su argumento Pablo cita dos pasajes del Antiguo Testamento. En primer lugar, el texto de Levítico donde se dice que el que obedezca meticulosamente los mandamientos de Dios encontrará la vida. Es verdad, pero nadie ha podido. Luego cita Deuteronomio. Dice Moisés que la Ley de Dios no es inasequible o imposible: está en la boca, en la mente y en el corazón del hombre. Pablo toma ese pasaje en sentido alegórico. No fue nuestro esfuerzo el que trajo al mundo a Cristo o le resucitó. No es nuestro esfuerzo lo que nos reconcilia con Dios. Dios lo ha hecho por nosotros y no tenemos más que aceptarlo y recibirlo.

El texto que estamos analizando en este estudio contiene la base del primer credo cristiano. Hay que confesar que Jesucristo es el Señor. La palabra para Señor es Kyrios. Es la palabra clave del cristianismo primitivo. Su significado pasa por cuatro etapas:

- a. Es el título normal de respeto, como en español señor, en inglés sir, en francés monsieur y en alemán Herr.
- b. Era el título que se aplicaba al Emperador romano.
- c. Era el título de los dioses griegos y romanos, que se colocaba antes del nombre; por ejemplo: Kyrios Serapis.
- d. En la traducción al griego del Antiguo Testamento, Kyrios es la traducción normal del nombre divino Adonai. Los primeros cristianos iban a la muerte con tal de no confesar que el César era Kyrios, porque sólo aplicaban ese título a Jesucristo. Cuando llamaban a Jesús Kyrios, no sólo le confesaban como el Señor supremo de su vida y le estaban equiparando al Emperador o a los dioses griegos, sino con el Dios único y verdadero, al que se debía absoluta obediencia y culto reverente.

e. Llamar Kyrios a Jesús era reconocer y confesar su divinidad. Lo primero para ser cristiano es el sentimiento de que Jesucristo es supremamente único.

Adicionalmente hay que creer que Jesucristo ha resucitado. La resurrección de Jesucristo era una parte esencial del credo cristiano. El cristiano cree, no solamente que Cristo vivió, sino también que vive. No sólo debe saber de Cristo, sino conocerle personalmente. No se limita a estudiar un personaje histórico, por muy grande que fuera; sino que vive con una presencia real. No sólo debe saber de Cristo el Mártir: debe también conocer a Cristo el Vencedor.

Pero el cristiano no sólo debe creer en su corazón, sino también confesar con sus labios. Ser cristiano es creer y confesar; como se dice en muchas declaraciones de fe cristiana, “Creemos y testificamos”. El creer supone testificar ante los demás. No es suficiente que Dios sepa de qué parte estamos, sino que hace falta que también lo sepa la gente.

A un judío le resultaría difícil creer que el acceso a Dios no era por medio de la Ley; este camino de la confianza y la aceptación era algo revolucionario e increíblemente nuevo para él. Además, le resultaría sumamente difícil creer que el acceso a Dios estaba abierto a todo el mundo. Le parecía que los gentiles no podían estar en la misma posición que los judíos. Así es que Pablo concluye su argumento citando dos pasajes del Antiguo Testamento como última demostración. Cita en primer lugar Isaías 28:16: “Nadie que crea en Él será defraudado”. No se dice nada de la Ley; todo se basa en la fe. Y en segundo lugar cita Joel 2:32; “Todo el que invoque el Nombre del Señor será salvo”. No hay limitación aquí; la promesa es para todos; por tanto, no hay diferencia entre judíos y gentiles.

En esencia, este pasaje es una apelación a los judíos para que abandonen el camino del legalismo y acepten el de la gracia. Es una apelación para que reconozcan que su celo está descarriado y para que presten atención a los profetas que declararon hace mucho tiempo que la fe es el único camino de acceso a Dios... y que está abierto a todo el mundo.